

manos, y le tuvo por largo tiempo en prisión (1).

En vano pidió un abogado, en vano imploró que le abreviasen los trámites, acerba tortura moral, en vano le pidió á Calvino una camisa para mudarse, Servet fué quemado vivo á nombre de una religion que rechazaba toda autoridad; y como si no bastase todo esto, fué insultada su memoria y el modo con que sufrió el suplicio (2).

Todos los cantones reformados, y Bullinger Farel, Bucero y el dulce Melanchton (3) aplaudieron este acto, y aconsejaron que se arrancara así la cizaña de en medio del buen trigo; y el nuevo Moises escribió: *Muera el que ultraja la gloria de Dios* (4). Sus historiadores

« veniat, nunquam pati ut salvus exeat. » No faltan argumentos para creer que él mismo fué quien lo denunció á la Inquisición de Viena.

(1) Se conservan varias cartas de Servet á los síndicos y al consejo de Ginebra demandando justicia y absolucion. Escogamos una:

« Très honorés seigneurs, je suis détenu en accusation criminelle de la part de Jean Calvin, lequel m'a fausement accusé, disant que j'aves escript: I. Que les ames estoient mortelles, et aussi, II. Que Jesus-Christ n'avoit prins de la vierge Marie que la quatriesme partie de son corps.

« Ce sont choses horribles et exécrables. En toutes les autres hérésies, et en tous les autres crimes, n'en a point si grand que de faire l'ame mortelle. Car à tous les autres il y a espérance de salut, et non point à cestuy cy. Qui dict cela, ne croyt point qu'il y aye Dieu, ni justice, ni résurrection, ni Jesus-Christ, ni Sainte Escripture, ni rien: si non que tout est mort, et que home et beste soynt tout un. Si j'avois dict cela, non seulement dict, mais escript publicament pour enfecir le monde, je me condemnas moy mesme à mort.

« Pourquoy, messeigneurs, je demande que mon faulx accusateur soynt puni *pena talionis*, et que soit destenu prisonnier comme moy jusques à ce que la cause soyt diffinée pour mort de luy ou de moy, ou autre peine. Et pour ce faire je me inseris contre luy à la diete peine de talion. Et je suis content de morir si non est convenu, tant de ceuy, que d'autres choses, que je luy metrez dessus. Je vous demande justice, messeigneurs, justice, justice, justice.

« Fait en vos prisons de Genève, le XXII de septembre 1533.

« Michel Servetus en sa cause propre »

(2) « Ceterum ne male feriati nebulones, recordi hominis pertinacia quasi martyrio gloriantur, in ejus morte apparuit belluina stupiditas, unde judicium facere liceret, nihil unquam serio in religionem ipsum egisse. Ex quo mors ei denunciata est, nunc attonito similis herere, nunc alta suspiria edere, nunc instar limphatici ejulare. Quod postremo tandem sic invaluit, ut tantum hispanico more reboaret, *miseriordia, misericordia.* » CALVINI *Opusc.*, ed. *Genev.* 1597 apud Allworden, p. 401.

(3) Melanchton les escribia: « Affirmo etiam vestros magistratus juste fecisse quod hominem blasphemum, re ordine judicium, interfecerunt; » en las cartas de Calvino n.º 487 y Beza: « Servet a été mis au feu; et qui en fut jamais plus digne que ce malheureux? » Lherminier en el artículo ya citado, tomo IV, pág. 92, dice en alabanza de Calvino: « On comprend maintenant l'esprit de ce siècle: la mort y était de droit commun pour le crime d'hérésie. Les Catholiques brûlaient les protestans à Lyon et à Paris: Philippe II à Madrid n'é-tait pas plus tolérant que Calvin à Genève. » Estas palabras podrian insertarse en un elogio del inquisidor general Torquemada, y tengase en cuenta que este creía que no habia salvacion fuera de la Iglesia, única intérprete de la Sagrada Escriptura, mientras la Reforma daba á cada uno el derecho de entenderla como mejor le pareciese.

(4) Renato de Francia escribia á Calvino: « No he olvidado lo que me escribiste que David aborreció con odio mortal á los enemigos de Dios, y no quiero contravenir á esto; y si supiese que mi padre, mi madre, mi marido ó mis hijos eran réprobos á los ojos de Dios, los maldediria y les desearia el infierno. » El mismo Calvino escribia al gran chambelan de Navarra: « Ne faites faute de defaire le pays des faquins, » qui excitent le peuple contre nous. De pareils monstres doivent être exécutés comme Michel Servet l'Espagnol. »

lo excusan diciendo que el dedo de Dios le dirigia. ¡Dios cómplice de la ira, de la ambicion y del despotismo! ¡Dios habria dictado á la libre Ginebra aquel código, donde para el menor delito se impone pena de muerte y siempre en nombre de Dios! Es muy larga la serie de aquellos que, segun Calvino escribe, eran tratados humanamente, dejándoles consumir de pena en las cárceles ó llevándolos al tormento.

No recordamos estos hechos tan solo para vituperio de Calvino, que este sería un objeto miserable en un historiador; pero la historia nos impone el deber de dar un cuadro completo de un siglo en que tanta parte tuvieron las persecuciones religiosas, y en que estuvo siempre desconocida a tolerancia, y se creyó deber perseguir á los que pensaban de distinto modo que los dominadores (1). Calvino desde la Suiza difundió sus doctrinas por Italia y Francia; y la Navarra, el Rosellon, Poitiers, Bourges, Orleans y los Países Bajos estaban llenos de sus sectarios. Bandas de *Roderickers* recorrían el país declamando contra los abusos; á veces ocho ó diez mil se reunían en los campos y un predicador desde un carro ó desde un árbol peroraba, y los demas entonaban salmos en lengua vulgar, mientras la gente armada vigilaba.

Entonces Francisco I publicó el edicto de Fontainebleau, que fué el primero de Francia contra los protestantes, ordenando que se les procesara como reos de lesa majestad divina y humana, sediciosos y rebeldes; castigando aun á los que les favoreciesen ó acogieran. Despues publicó una profesion de fe redactada por la universidad y un catálogo de libros prohibidos, estableciendo la censura para la imprenta. Pero el fuego estaba oculto y en breve iba á estallar.

Calvino entretanto gozaba de absoluta autoridad en Ginebra, donde fundó la primera universidad protestante. Fué rector de ella Teodoro Beza de Vezelay, *fénix de su siglo*, quien al ardor de los predicadores añadia la elegancia del estilo, desconocida comunmente: por lo demas, no era pensador ni teólogo, sino un hombre de agudo ingenio á quien la casualidad hizo figurar. Imbuido desde jóven en las ideas nuevas, las disimuló, y entretanto hizo versos (*Juvenilia*), frecuentemente escandalosos, y siempre aplaudidos. Habiéndose dedicado con celo á la Reforma, tradujo el Nuevo Testamento; y destinado á muchas legaciones secre-

(1) En la misma ciudad de Calvino, el filósofo mas independiente del siglo escribia: « Il y a une profession de foi purement civile, dont il appartient au souverain de fixer les articles, comme sentimens de sociabilité... Sans pouvoir obliger personne à les croire, il peut bannir de l'Etat qui conque ne les croit pas: il peut le bannir, non comme impie, mais comme insociable, comme incapable d'aimer sincèrement les lois... Que si quelqu'un, après avoir reconnu ces dogmes, se conduit comme ne les croyant pas, qu'il soit puni de mort: il a commis le plus grand des crimes, il a menti devant les lois. » ROUSSEAU, *Contrat social*.

tas ó públicas, conquistó grande importancia, siendo casi el ayudante de Calvino.

Este, rico de ingenio y de conocimientos, era siempre consultado de todas partes; á pesar de su falta de salud predicaba casi todos los días, asistia á los frecuentes consistorios, y pedia á los príncipes auxilio y socorros para los fugitivos: era íntegro de costumbres, glacial de temperamento, inatacable como un bronce; y la pobre herencia de 125 escudos que dejó, demuestra que profesaba la pobreza de los apóstoles, si no su mansedumbre y tolerancia (1). Era rígido sin ascetismo, religioso sin caridad ni entusiasmo; deseaba el orden, y lo mantuvo durante el tiempo que mandó en Ginebra, promulgando ademas buenas leyes, y las pensaba dar á la Iglesia; fundó una república nueva con elementos que en otras manos hubieran sido de disolucion; y porque se levantó á su alrededor una turba de otros novadores, se mostró implacable como todos los que despues de promover una revolucion pretenden detenerla á su arbitrio, posicion anormal que sostuvo admirablemente. Y en verdad la Reforma mejoró las costumbres suizas, dirigiéndose mas al pueblo que al clero, difundiendo entre aquel la instruccion y los preceptos morales, y mayormente predicando contra el comercio de sangre y contra los sueldos y los honores que los magistrados aceptaban de los extranjeros. Instituyéronse escuelas elementales, y un país hasta entonces cazador y guerrero solamente, vino á ser tambien estudioso.

Al fin los calvinistas unidos con los zwinglianos constituyeron los reformados ó evangelistas. Ya en 1536 se habia publicado la primera confesion de fe helvética, reconociéndose el libre albedrío, pero añadiéndose que para escoger el bien y el mal era necesaria la Gracia; que esta sola y no las buenas obras producen la justificacion; que los sacramentos son símbolos de la religion y de la Gracia, y que en la Eucaristia Dios se ofrece á sí mismo, no porque las especies sean trasformadas en cuerpo y sangre suya, sino porque bajo aquellos símbolos el Señor comunica verdaderamente á Cristo para alimentar la vida espiritual. Esta confesion, despues de revisada, fué publicada en Zurich, en 1566, y adoptada luego en Escocia, en Hungría y Polonia.

Lutero, queriendo librar al hombre de los vínculos en que le parecia envuelto, negó la libre voluntad, haciéndolo enteramente dependiente de Dios, y juzgando vanas las obras satisfactorias. Por tanto, en su doctrina, el sacerdote que las ejecuta no era superior á los legos; el papa mentia prometiendo indulgencias, y eran inútiles el culto de los Santos, el sufragio por los muertos y los sacramentos: en suma, afirmando que Dios lo hace todo en nosotros, se excusó de combatir una por una las instituciones de la antigua Iglesia. Quedaba, empero, á

(1) No creo en las calumnias del fraile apóstata Bolsee, repetidas por muchos.

cada uno la libertad de abrazar la creencia que quisiese; y la Reforma al principio fué mas que otra cosa una protesta contra los dogmas antiguos y una declamacion contra los pontífices bajo diversas formas. Pero como el espíritu humano no puede acomodarse con la duda, Calvino quiso establecer la Reforma sobre principios teológicos, y procurar fundamento á su certeza en la revelacion individual aplicada á la Santa Eseritura. Teniase, por tanto, una regla, una autoridad, esto es, una Iglesia, y de aquí provino la intolerancia.

De la premisa sentada por Lutero diciendo que Dios es el único autor del bien y del mal, podia deducirse lo mismo la indulgencia que la severidad; y Calvino dedujo esta última diciendo que Dios no queria que hubiese tolerancia con los disidentes. Lutero habia predicado la igualdad de los hombres, diciendo que no eran mas que instrumentos de Dios; y Calvino de la desigualdad de los dones divinos dedujo el despotismo de los elegidos sobre los réprobos. Lutero sacó de su antiguo carril el espíritu humano, proclamando aquella independencia que si bien se falseó en él, debia despues conquistarse; y Calvino trató de lanzarse á lo pasado, de reanimar ideas muertas, de poner freno mas que orden al progreso, de chocar con la omnipotencia del tiempo, el cual no trascurre para los que se estacionan. Por tanto, el nombre de Lutero se halla á la cabeza de una de las revoluciones de la humanidad: la obra de Calvino fué prontamente aniquilada por otras pretensiones tan legítimas como ella; y si conquistó nombre por haberse mezclado con las ideas políticas de naciones deseosas de regeneracion, fué luego necesario que nuevas revoluciones la abatiesen para dejar el campo libre á las conquistas de la filosofia (1).

CAPÍTULO XX

Reaccion católica. — Los Jesuitas. — Concilio de Trento.

Durante el espacio de cuarenta años la Reforma se habia propagado con celeridad espantosa desde los Pirineos á la Islandia, y desde los Alpes á la Finlandia, ocupando los ánimos pensadores, y agitando naciones enteras. En Alemania dominaba en toda la extension que domina al presente; es decir, en Sajonia, Brandeburgo, Brunswick, Hesse, Mecklemburgo, Holstein y otras partes del Norte, y al Mediodía en el Palatinado de Baden, Wurtemberg y muchas ciudades imperiales, donde dirigiéndose á la razon mas que á la imaginacion, habia hecho menos conquistas. Un embajador de Venecia decia

(1) Lherminier concluye el citado panegírico diciendo: « Entre la religion católica y la filosofia el calvinismo se encuentra hoy reducido á una impotencia estacionaria. — ¿Y cómo sería otra cosa? no satisface ninguna de las indispensables necesidades que en la humanidad son la causa necesaria de la religion y de la filosofia.

en 1558 que en Alemania apenas se habían conservado Católicos una décima parte, y en Austria una tercera de los habitantes. Las universidades que habían dado campeones á la fe antigua, se entregaban ansiosas á la nueva: durante veinte años ningún individuo de la de Viena entró en las órdenes sagradas; en Ingolstadt no se encontraron candidatos para cargos desempeñados siempre por eclesiásticos; en Colonia despues de buscar mucho un nuevo rector, se descubrió que el electo era protestante, y para la de Dillingen, fundada expresamente como barrera destinada á contener las opiniones nuevas, no se encontró quien ocupase las cátedras. Protestantes, en fin, eran la mayor parte de los maestros en otros puntos; por lo cual la juventud mamaba con la leche el ódio á las instituciones papales.

1532.

La Reforma fué introducida en Hungría por Martin Ciriaci de Lötse; y aunque los señores la rechazaron á hierro y fuego, sin embargo, muchos jóvenes Madgiales iban á cursar á Witemberg; y desde aquí pasaban allá muchos misioneros, de los cuales el mas famoso fué Matias Devay, comensal de Lutero. En Buda se formó una comunidad de ellos; en Patak Pedro Pereny fundó la primera iglesia, y Gabriel Pannonio tradujo la Biblia. Habiéndose acrecentado con la aquiescencia de Fernando de Austria, en un sínodo que tuvieron en 1546 en Eperies, escribieron una profesion de fe conforme á la de Augsburgo; pero muchos calvinistas que se habían introducido, publicaron otra en Czenger.

En Transilvania, contenida la Reforma al principio por el rigor de Juan Zapolski, se difundió muy presto, y en pos de ella vinieron los cismas. Un sínodo de Hermandstadt en 1557 condenó á los calvinistas y otros disidentes; despues el piamonte Jorge de Biandrate introdujo el socinianismo, que aun tiene allí existencia legal. Gaspar Haltay tradujo la Biblia del texto latino en 1562, y Gaspar Karoli del texto hebreo en 1589.

Las traducciones vulgares de la Biblia se multiplicaron. Tyndale y Coverdale hicieron una en inglés en 1535; tres años despues Brucioli la hizo en italiano revisada por Marmocchini; y otra Zacarias, Florentino, en 1542; mas tarde Diodati la publicó en sentido protestante. En 1543 Francisco Erzina imprimió el Nuevo Testamento en español, y despues en Ferrara toda la Biblia en 1553. Olao Petri la publicó en sueco; Palladio en danés; muchos en flamenco y holandés; en Lyon Sante-Pagnino en 1527 la publicó en latin, como Sebastian Catulio Beza y otros; en 1534 Sebastian Munster la publicó alemana en Basilea, y lo mismo hicieron en Zurich en 1543 Leon de Juda y Bibliandro. Olivetano la imprimió en frances, y en Neufchatel el año 1535; en polaco en 1563 se publicó bajo los auspicios de Radzivil; en eslavo en 1581; en árabe en Roma el año 1511; y el Pentatéuco fué impreso por los Judíos en Constantinopla en 1547.

Quando se introduce la duda en la sociedad, todo viene á ser problemático á lo ménos por un momento; situacion desconsoladora para los que vivian entónces. Hay errores antiguos compatibles con el bien, como lo prueba el haber sufrido la prueba del tiempo y resistido á ella; y hay verdades nuevas que trastornando la marcha acostumbrada de la sociedad ántes de educarla, causan en vez de un beneficio la muerte de la sociedad misma. Así toda revolucion por lo que destruye y lo que levanta, viene á ser manantial de perturbaciones y de guerras. Un Español pasa á Alemania y se hace protestante: su hermano va á buscarle, disputan y se matan mutuamente. ¡Terrible símbolo!

Á la descomposicion que desde el entendimiento pasaba á la voluntad, y de esta á la política, debía oponerse la Iglesia. Al principio sus cabezas pareció que no comprendian la gravedad del mal. Á Leon X le divertia el agudo ingenio de Lutero; á los ataques de la fria razon pensaba responder con los milagros del arte, y es maravilloso que se buscasen tan débiles campeones para repeler tantos ataques. Uno de los primeros fué Silvestre Mazolini, llamado Prierias, á quien con mejor consejo se le mandó cesar luego en su cargo, si bien se le hizo despues obispo y juez de Lutero. No iba enteramente descaminado Melchor Cano, cuando decia que los teólogos de su tiempo no usaban contra los herejes mas armas que cañas largas. Sobre todo, habria convenido reconocer los muchos puntos en que los protestantes tenían razon, y ponerse á la cabeza de la Reforma con humildad, ciencia y amor, en vez de abandonarla á ímpetus soberbios é iracundos.

Siempre que se habia levantado una grave herejía en el gremio de la Iglesia, se habia reunido esta en concilio al rededor del pontífice para resolver acerca de ella segun su sentir y segun el del Espíritu Santo. Este remedio, conveniente cuando aun no se habia atacado la autoridad de la Iglesia, fué propuesto al principio del mal, y los primeros protestantes apelaron de las excomuniones del pontífice al concilio. El emperador, disgustado de que un fraile se lanzase á turbar sus desmesuradas ambiciones, anhelaba que disidentes y Católicos se pusiesen de acuerdo. Estos últimos confiaban en extirpar la zizafia con semejante avenimiento; mas Clemente VII, nacido ilegítimamente, y poco legítimamente elegido, se horrorizaba ante la idea de reunir un sínodo, que á semejanza del de Basilea pudiese declararse superior al mismo pontífice. No omitió, pues, tergiversaciones y argumentos, de los cuales el mas fuerte era decir que el concilio era necesario para definir doctrinas nuevas, pero no para determinar sobre aquellas que estaban ya definidas por claras sentencias.

Á su muerte recomendó á Alejandro Farnesio, que fué nombrado su sucesor bajo el nombre de Paulo III. Este papa, dedicado desde su ju-

Paulo III. 1534. 20 de noviembre.

ventud á las letras, á las artes y á las fáciles costumbres de su tiempo, tuvo hijos, comenzó en Roma el palacio mas hermoso del mundo; poseyó una quinta esplendísima cerca de Bolsena; fué muy agradable, garboso y magnánimo; no pronunciaba palabra que no fuese clásica, creía en el influjo de los astros, y ya hemos juzgado severamente su condescendencia con sus malvados parientes, y la versátil política á que se vió arrastrado. Sin embargo, como pontífice comprendió que el espíritu católico tomaba nuevo vigor en el ingenio y en las costumbres; y en virtud de esta reaccion, se rodeó de perfectos cardenales, como Caraffa, Contarini, Sadoletto, Polo, Giberto y Fregoso, todos los cuales habían comenzado por medio de trabajos particulares la restauracion de la Iglesia, y á ellos confió la ejecucion de este pensamiento. Estos con extrema libertad censuraron á los papas que con frecuencia habían escogido no consejeros sino siervos, y no para aprender de ellos sus deberes, sino para que declarasen lícitos todos sus deseos (1). Gaspar Contarini puso de manifiesto los abusos de la curia, y contestando á los que le tachaban de demasiado severo y precipitado, decia: « ¡Y qué! ¿habíamos de lamentarnos de los vicios de tres ó cuatro papas, y no corregir los males causados, al canzando así mejor fama para nosotros mismos? Arduo sería el sindicicar todas las acciones de los pontífices. Pero es tiranía é idolatría sostener que estos no tienen mas regla que su voluntad para establecer ó abolir el derecho positivo. »

Paulo, habiendo emprendido la obra con sinceridad, publicó notables decretos respecto de la Cámara Apostólica, de la sagrada Rota, de la Cancillería y la Penitenciaria; mas los reformadores que querian la muerte y no la enmienda de Roma, cobraron gran orgullo como si esta se confesase culpada.

Y á la verdad eran demasiado profundas las raíces que los abusos habían echado, y los intereses personales eran un obstáculo invencible para el pronto y buen efecto de las medidas dirigidas á extirparlos. El alto clero habia envejecido en hábitos y pensamientos harto ajenos de la austeridad religiosa; y el bajo (salvas siempre las excepciones) seguía aquellos ejemplos, tanto mas cuanto que la educacion tampoco le habia proporcionado armas fuertes para la lucha decisiva. Relajada la disciplina en las órdenes monásticas, algunos á causa de su ociosidad y opulencia daban escándalo, otros excitaban la bafa del siglo por su pobreza que habia degenerado en suciedad, por su sencillez llevada hasta el extremo de ser crasa ignorancia, y por la misma ingenuidad de su celo, inconveniente en tiempos de duda y de controversia. Así, pues, fué de gran provecho la institucion

(1) « V. Consilium delectorum cardinalium et aliorum praelatorum de emendanda Ecclesia, S. D. N. D. Paulo III ipso jubente conscriptum et exhibitum, 1538. »

de una orden dispuesta á todo, vigorosa en juventud, aleccionada y culta como el siglo.

La Compañía de Jesus, cuyos inmensos beneficios hemos admirado ya en las misiones, y de la cual veremos salir hombres muy grandes, fué acusada de gravísimos delitos religiosos y sociales, y abolida despues por un delito imaginario. Temida por los reyes débiles, y habiendo encontrado asilo en los Estados de Federico el Grande, se creyó que tendia á establecer una monarquía universal, y sin embargo no sentó á ninguno de sus hijos en el trono de Pedro; se la acusó alternativamente de promover la ignorancia y de absorber en su seno los mejores ingenios; de embrutecer á los hombres, y de haber civilizado á los Indios; de enseñar doctrinas liberales hasta el regicidio, y de haberse conjurado con los reyes para oprimir á los pueblos: finalmente, fué abolida por los reyes, y los enemigos de estos cantaron el triunfo y recogieron el fruto. Despues, sobre su sepulcro, se levantaron ardentísimos admiradores é indómitos adversarios. Aun despues de haber cesado la necesidad y el peligro de los Jesuitas, existia por una parte un deseo de restablecerlos, y por otra una aversion tal á la Compañía que hasta nuestro siglo, al tratarse de ella, reniega de aquella ley de tolerancia universal que forma su carácter y persigue hasta la sombra de aquella orden poderosa. Nosotros nada tememos de las sombras, y mucho ménos de los que las combaten; por lo cual podremos tributar impunemente á los Jesuitas nuestra admiracion, porque no nos sentimos dispuestos á disculpar sus defectos.

Quando los Franceses invadieron la Navarra, encontraron desmanteladas todas las fortalezas, excepto la de Pamplona. En ella se habia encerrado Ignacio de Loyola, noble Guipuzcoano, paje en la corte de Fernando é Isabel, y despues oficial tan distinguido por su valor como por su bella figura. Pero ni los fogosos corceles, ni las lucidas armaduras, ni la caballeresca reputacion habían podido satisfacer su ánimo. Herido, al arrojar de su patria á los extranjerios, dos veces se hizo abrir intrépidamente la herida; y despues para mitigar el fastidio de la cama, se entretuvo en leer algunas vidas de Santos. Aquellas austeras virtudes conmovieron su alma ardiente; vió como Lutero el abismo del mal y la fuerza de las tentaciones; pero al paso que este desesperado se precipitó en la terrible doctrina de la predestinacion, Ignacio se animó á la obra y ambicionó otras glorias distintas de las del mundo, y nuevas batallas contra el espíritu del mal. Dejando á su familia, marchóse peregrinando á Jerusalem, y de vuelta hizo voto de castidad ante la Virgen de Monserrate; luego como Amádis de Gaula veló sus armas ante la imagen de aquella de quien queria ser caballero, y suspendiendo despues su espada en una columna, trocó sus atavíos guerreros por un saco de estopa, y fué á pié mendigando hasta Manresa, donde habria muerto de extenuacion

Los Jesuitas.

Ignacio de Loyola 1491-1536.

1521

1524.

si algunos pasajeros no le hubiesen socorrido. Ayunos, disciplinas, y toda suerte de mortificaciones, sirvieron para enfervorizarlo, y los éxtasis y revelaciones le confortaron. Sus amigos lograron con trabajo que se pusiera capa, sombrero y zapatos; y habiéndose embarcado en Barcelona, marchó á Gaeta, donde experimentó la mala acogida que podía esperar un mendicante extranjero en tiempo de peste. Besado que hubo los piés á Adriano VI, pasó á Venecia flaco, macilento y extenuado; durante el viaje, tuvo que tolerar las befas de los marineros á quienes quiso convertir; en Palestina no cesó de llorar visitando los Santos Lugares; predicó á los infieles; mas los Franciscanos, custodios del Santo Sepulcro, temiendo que con aquel celo enojase á los Turcos, lo hicieron prender y trasportar á Venecia, desde donde volvió á Barcelona.

Durante el viaje, habia tomado la resolucion de fundar una nueva orden. Seguir á las turbas y hacerse oír solo con la pobreza y el celo, no era posible cuando los hombres se hallaban mas cultivados é instruidos, y no podia esperarse de ellos fruto alguno sino con el estudio. Convenido de esto, á los treinta y tres años estudió la gramática, y despues la filosofía; y aunque adelantó escasamente y escribia mal y con desaliño, todavía continuó predicando con tanto fervor que la Inquisicion, tan recelosa entónces, le intimó silencio, y despues le redujo á prision. Cuando se vió libre, marchó á Paris, siempre pobre, siempre estudioso, y siempre enardecido; la Sorbona celosa lo examinó, y nada encontró en él de reprobable. Mezclando la devocion de Kémpis con las fantasías de su país, formó el plan de una orden casi caballeresca, que debia combatir, no gigantes, ni castellanos, ni monstruos, sino herejes, mahometanos é idólatras; y con sus amigos que asoció á sus designios (1), hizo en Montmartre voto de someterse á la obediencia del papa para las misiones. Confiados en la promesa de Cristo, pasaron á Italia y predicaron penitencia en aquel italiano españolizado en el cual nuestros compatriotas estaban muy avezados á escuchar amenazas é improperios; y luego presentaron á Paulo III el proyecto de una orden dirigida á consolidar la fe y propagarla con las predicaciones, con los ejercicios espirituales, y con la caridad á prisioneros y enfermos. Paulo les aprobó llamándoles *clérigos de la Compañía de Jesus*, así como en otro tiempo se decia soldados de la compañía del conde Lando ó de fray Moriale; é Ignacio fué nombrado militarmente su general.

En breve fueron acogidos los Jesuitas en Italia y Portugal. Claudio de Jay fué á extirpar de Brescia la herejía que allí pululaba; Brouet á reformar un escandaloso monasterio en Siena, Bobadilla á poner en paz las rabiosas enemistades de la isla de Ischia; Lefebvre á predicar á

(1) Francisco Javier, Jáime Láinez, Alfonso Salmeron y Nicolas Bobadilla, españoles; Simon Rodriguez, Portugués, y Pedro Lefebvre, Saboyano. Luego se le agregaron Claudio de Jay d'Anney y Juan Codure d'Embrun.

Parma, Láinez á tratar asuntos delicadísimos en Alemania, Núñez fué elegido patriarca de la convertida Abisinia, y Francisco Javier, que á la larga serie de héroes que ilustraban su genealogía queria añadir un santo, partió para las Indias Orientales, «adornado, segun dice la bula» de su canonizacion, de todas las señales de la «virtud celeste, del don de profecía, de lenguas» y de milagros de toda especie. Multiplicáronse los novicios, los colegios y los privilegios dados por el papa, que veía de cuánta utilidad podría serle esta milicia sujeta á su autoridad; y obtuvieron la primera escuela, y finalmente el derecho de universidad en Gandía, de donde era Francisco de Borja.

Ignacio fundó en Roma un colegio para educar veinticuatro Alemanes destinados al episcopado y altas dignidades; dió á luz los *Ejercicios espirituales*, libro, no de doctrina, sino á propósito para guiar en sus meditaciones al alma que no anhela tanto la mucha ciencia como la contemplacion interna, y compuso tambien las *Constituciones de su orden*, junto con las *Declaraciones* que son otro de los códigos monacales, de los cuales ya hemos hablado (1). Si Ignacio era el entusiasta ignorante que algunos dicen, fué mayor maravilla que fundase una orden tan perfectamente organizada, que reveló mas que ninguna otra cuánto es el poder moral de una sociedad robusta entre la descompuesta muchedumbre.

Los Jesuitas pronunciaban los tres votos acostumbrados; mas á la pobreza se obligaba el individuo, y no la corporacion, y los colegios podian poseer una honesta riqueza. Hay tiempos en los cuales, para regir al mundo, conviene aislarse, y otros en que conviene introducirse en él. Los Jesuitas, por tanto, vivian en medio de la sociedad, pero sin mezclarse con ella; tenian colegios, no claustros, usaban hábito eclesiástico, no monacal, y aun este no estaba prefijado, pues vestían segun el país, á saber, de mercaderes en la India, de doctores en la China, y siempre conforme las circunstancias de su vida, consagrada á acciones enérgicas reales é influyentes. No encerraban para mucho tiempo á los jóvenes en sus bien contruidos colegios (2), no prolongaban el estudio mas que dos horas seguidas; y tenian casas de campo donde proporcionarles recreo. No estaba excluida de la orden ninguna clase ni condicion; á cada cual sabian dar su destino segun su capacidad; no se ligaban con votos sino á los treinta años; largo y escabroso noviciado que evitaba las impremeditadas profesiones y el inútil arrepentimiento, y durante el cual los superiores podian conocer quiénes eran aptos para el estudio, quiénes para las córtes, quiénes para la predicacion, para la cura de almas, para las

(1) Véase libro VIII, cap. 16.

(2) Cada colegio estaba situado conforme á su destino y se citaba este proverbio:

Bernardus valles, colles Benedictus amabat.
Oppida Franciscus, magnas Ignatius urbes.

misiones en los pueblos y para mártires en las Indias. Cada provincia tenia un lugarteniente y otros empleados, dependientes del general, que residia en la capital del mundo cristiano, y que conociendo á cada uno por las relaciones que le mandaban los jefes, disponia de las rentas, de los talentos, de las voluntades (1). Gozaba el general de autoridad absoluta y era elegido por toda su vida; pero tenia á su lado un monitor, elegido por la congregacion general, para hacerle notar las irregularidades que observase en su conducta. Á fin de que la obediencia fuese mas completa, no buscaban dignidades (2), por lo cual desde un principio se consideraron excluidos de todo empleo permanente; y cuando Jay renunció el obispado de Trieste, que le habia ofrecido Fernando III, toda la orden lo celebró con misas y *Te Deum*. Viendo que al clero se le acusaba de avaricia, determinaron enseñar gratuitamente; y gratuitamente se prestaron á la cura de almas. No consentian sutilezas en la confesion, ni vulgaridades en el predicar, ni preocupaciones en la devocion, ni rezos prolongados, ni dias pasados en el coro; deseaban atender á los estudios y á los trabajos; y no querian macerar con una excesiva disciplina un cuerpo destinado al servicio del prójimo. Viendo que se tenia en mucho la poesia latina, educaban á sus alumnos en ella, y observando que agradaban al público las representaciones teatrales, las daban de dramas sagrados. Al mismo tiempo que se levantaban contra el papa el exámen y la resistencia, ellos hicieron voto de obediencia á sus mandatos, y de sostener su autoridad, no precisamente la temporal, que ya amenazaba ruina, sino la que ponía á Roma á la cabeza de la civilizacion. Combatian á los protestantes por todos medios, excepto por el de la violencia; y así en vez de los medios coactivos, de la Inquisicion y del destierro de los herejes, pidieron el privilegio de perdonarles las penas temporales, y Julio III se lo concedió; lo cual les ocasionó grandes conflictos en España, donde los reyes querian que la Inquisicion con sus hogueras entendiese exclusivamente en el asunto. Despues, mientras los reyes y los mercaderes mandaban gente á conquistar la India, el Japon y la China y exterminar á sus habitantes, ellos fueron enviados para convertir estos países; y á su fervor, igual al de los tiempos apostólicos, el Nuevo Mundo ofreció vasto campo, en el cual Roma esparció las semillas de la civilizacion.

Habiendo tomado la Reforma por pretexto la ignorancia y corrupcion del clero, eran necesari-

(1) Nadie cree ya en el libelucho titulado: *Monita secreta* ó *Arcanos de la Compañía de Jesus*. Es obra del siglo XVII, escrita por un reformado bohemo, que finge haberla encontrado en un convento de Capuchinos de Paderborn; se imprimió por primera vez en 1635, y últimamente en Lugano. El uso que de esta obra se ha hecho modernamente proviene, no de ignorancia, sino de mala fe.

(2) La mayor parte de los principes toman por confesores á los Jesuitas, á fin de no tener que pagar con un obispado la absolucion. VOLTAIRE.

rias integras costumbres y gran doctrina (1). Los Jesuitas á porfia con los reformados tendian á mejorar las costumbres y la disciplina, usando de los mejores expedientes, á saber, la educacion y el ejemplo. Ya entónces los maestros buscaban los buenos sueldos, dejando escuelas y escolares cuando encontraban otro mejor que el que tenian. Los Jesuitas teniendo por institucion la instruccion, la tomaban con empeño y como negocio suyo propio: ayudábanse y sustituiábase el uno al otro; lo que mas temian era parecer negligentes en el cumplimiento de sus deberes, y junto con las ciencias educaban á los jóvenes en la piedad. Los literatos de aquella época están acordes en enaltecer sus escuelas (2), y se maravillan de que los Jesuitas fuesen buscados en todas partes para maestros, para predicadores y especialmente para confesores.

En calidad de tales explicaron una moral que fué calificada de excesiva concendencia y de opiniones políticas, como hoy diriamos, liberales. Porque en teología sostuvieron la eficacia del libre albedrío, el cual no separaban por esto de la Gracia, y parecia que se acercaban á la opinion de los semipelagianos, no queriendo obligarse á seguir paso á paso á Santo Tomas, lo que habria impedido que se acercáran á los protestantes. En política algunos de ellos sostuvieron la soberania del pueblo, proclamando que del pueblo recibian los reyes su autoridad; que el pueblo podia destituirlos, dar ó cambiar las constituciones, y hasta matarlos si eran malvados: doctrinas que en parte tomaron de Mariana aquellas córtes, cuya constitucion fué propuesta pocos años hace como modelo á las revoluciones excitadas en média Europa. Otra acusacion, para hablar segun los modernos, fué la de ser progresistas, porque mientras los reformadores católicos ó herejes pretendian retroceder hasta los últimos siglos, lo Jesuitas querian adaptar á los progresos del tiempo, no el dogma que es inalterable, pero sí la disciplina.

Tiempo tendrémós para examinar la veracidad de tales imputaciones; baste por ahora el

(1) Bayle, gran enemigo de esta orden, se ha tomado en *Martiana* el trabajo de reunir las alabanzas dadas á la castidad de los Jesuitas para hacer burla de ella, no para negarla. En *Loyola* dice que cuando se esparza alguna acusacion contra los mismos, por estúpida que sea, y por mas que las pruebas palpables y el buen sentido la refuten, será creída del pueblo. «On n'a qu'à publier hardiment tout ce qu'on voudra contre les Jésuites, on peut s'assurer qu'on en persuadera une infinité de gens.»

(2) Pueden verse los testimonios de esto en Tiraboschi, t. VII, lib. I, c. 3, p. 14. «Quæ nobilissima pars prisca disciplina» dice Bacon hablando de la educacion que se daba á sus niños en las escuelas, «revocata est aliquatenus quasi postliminio» in Jesuitarum collegiis, quorum cum intueor rudistram solertiamque tam in doctrina excellentia, quam in moribus informatam, illud occurrit Agesila de Pharnabazo: Talis cum sis, utinam noster esses. » (De augm. scient. lib. 2.) Y en otra parte: «Ad pædagogicam quod attinet, brevissimum foret dictu: Consule scholas Jesuitarum; nihil enim, quod in usum venit his melius.» A esto atribuye las ventajas que habian procurado á la Iglesia Romana: «Nuper etiam intueri licet Jesuitas (qui partim studio proprio, partim ex æmulatione adversariorum literis strenue incubuerunt) quantum subsidii viriumque romanæ sedi reparandæ et stabilindæ attulerint.» (Ibid. lib. I.)